

# Nuestro linaje totemista\*

Michel Serres

Traducción del francés al español de

**Luis Alfonso Paláu-Castaño**

Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia  
laPalau@une.net.co

Tenemos tres definiciones de totemismo. La primera, popular, pone en relación un hombre o un grupo con tal animal o tal planta, y en algunos casos con una cualidad. Por ejemplo, el cómic puede llamar a un indio “águila audaz”; la administración, absurda, llama “bisonte astuto” a un dispositivo vial. Confieso sin pudor que siendo adolescente los scouts me disfrazaron del tótem personal del *zorro entusiasta*; más bien, me hicieron el honor pues yo venero ese zorro y quiero a los dioses íntimos; pero yo detentaba también otro colectivo; aunque siendo Zorro, pertencí por muchos años a la patrulla de los Tigres. Al menos se trataba, sin contradicción, de dos mamíferos cuadrúpedos carnívoros.

La segunda definición, más colectiva, parece que más científica también, emana de los trabajos de Lévi-Strauss de los que *el Totemismo en la Actualidad* aclara una lógica donde el esfuerzo clasificador utiliza las distancias diferenciales observables fácilmente en las especies vegetales y animales –¿quién no se da cuenta a qué punto difieren las águilas y los lobos?– para mostrar mejor las discontinuidades análogas entre los grupos, por no decir las tribus.

Entregado a clasificar las “ontologías” del planeta en cuatro categorías que sirven de capítulos a ese libro, Philippe Descola reúne estas dos primeras definiciones del totemismo, la una más individual, la otra más societaria, y subraya por su parte la semejanza de las intimidades tanto como la semejanza de los cuerpos, sea cual sea el viviente del que se trate. Según esta decisión, él recorta en el mapamundi un archipiélago que corre desde los aborígenes de Australia hasta los amerindios de las altas latitudes como de la Amazonia. Por mi parte, voy a tratar de descubrir algunas islas totemistas en el seno

---

\* Cómo citar: Serres, M. (2019). Nuestro lenguaje totemista. *Ciencias Sociales y Educación*, 8(15), 261-275. DOI: <https://doi.org/10.22395/csye.v8n15a14>

Agradecemos a *Le Pommier* por posibilitar la publicación de la traducción al español del texto del filósofo e historiador de las ciencias, Michel Serres. La traducción la realizó el profesor Luis Alfonso Paláu-Castaño en diciembre de 2013 y se publica por vez primera en la presente edición de la revista (nota del editor).

Recibido: 20 de febrero de 2019.

Aprobado: 26 de abril de 2019.

de nuestros usos propios y de nuestras instituciones, en nuestra literatura y entre nuestros científicos.

## Nuestro tótem Lobo

En *Las Fábulas*, La Fontaine da muy frecuentemente la palabra al Zorro; ¡qué honor para mi tótem! En el orden de citas, el rey León sigue de cerca, pues la razón del poder solo viene de segunda. Y el Lobo viene de tercero.

La sangrienta fábula que aún recitamos con gusto relata la crueldad de quien, “sin otra forma de proceso”, se lleva al Cordero para comérselo en el fondo de los bosques. Nuestros padres nos inculcaron el terror por el lobo. Atormentaba nuestras vidas, nuestras noches y nuestras historias infantiles. Mostré en otra parte que, a la inversa de nuestras *Fábulas*, nosotros y nuestros pastores, nuestros perros, nuestros padres y nuestros institutores, hemos hecho de él nuestra víctima. Vuelto entonces el chivo expiatorio, el Lobo de La Fontaine no hacía sino vengarse, de manera casi legítima, no sin haber pronunciado un elocuente alegato. En términos más económicos, solo Vigny ve con claridad al celebrarlo en *la Muerte del lobo*. Hace del animal un estoico sublime.

Sin embargo, el terror; casada con el barón Dudevand, George Sand sufría de angustiosos insomnios en el bosque de Landes al lado de un marido que dormía a pierna suelta bajo el viento de mugidos que hacían temblar al bosque frente a las ventanas. Sin duda, como lo hicimos todos, ella había leído a La Fontaine, mientras que él, de cultura cazadora, arcaico con respecto a su moderna compañera, vivía una vieja familiaridad, una antigua complicidad lupina. La pareja se divorció; ella, la labranza y el pastoreo; él, cazador-recolector; ella, post-neolítica; él, siempre enzarzado en los tótems; miles de años los separaban; no habitaban la misma cultura antropológica. ¿Cómo una joven feminista habría podido soportar un arcaico hombre de las selvas? Leyendo este episodio en *Historia de mi Vida*, volví a ver a Francia tal como la conocí, más diferenciada aún en regiones, culturas y lenguas, que en mi infancia; imagino pues fácilmente a George Sand, mediocre etnólogo irritable, incapaz de comprender la conducta de un salvaje de las Landas que vive su vida en compañía de los lobos. ¿Quién se casará con Mowgli<sup>\*\*2</sup>? Ahora pues, ¿cuántos caseríos, cuántos pueblos en esta Francia tan diferenciada, cuántas familias y gentes llamadas uniformemente Louviers, La Louvière o Loupiac... dan testimonio de esta reciente antigüedad? Sí, vivimos con los lobos «loups», los tememos, los cazamos, los respetamos; ellos nos dieron el perro, nuestro mejor

<sup>\*\* 2</sup> “Y tú, renacuajo, estate quieto. Llegará un tiempo, Mowgli —ése será tu nombre en adelante, gran personaje—, en que no solamente no te dejarás cazar por Shere Khan, sino que lo cazarás tú a él”, Kipling, R. (Año) *El Libro de la selva*. Recuperado de librodot.com, p. 4. Nota del traductor.

compañero. La Fontaine cuenta, una vez más, con palabras encubiertas y, sin embargo, mejor que nadie cómo intervino la domesticación: sin duda con el hambre y la repartición de la caza. Vuelvo sobre el asunto más adelante.

Los lobos también nos habían enseñado cómo enseñar a nuestros hijos: Rómulo y Remo mamaban bajo la loba; *lupa*, se dice, designaba también la puta, ique gozaba así también ella de un tótem! El Liceo de Atenas y los numerosos que hay en Francia recuerdan –como Tito Livio o *el Libro de la jungla* lo hicieron– la genial pedagogía conocida por los cazadores como por los etólogos, que organizaba la crianza y el aprendizaje de la cacería en las manadas. En efecto, ¿quién no recuerda que el liceo traduce en francés el lobo griego? Francia soñó liceístas a sus hijos, como Baden-Powell (colonialista surafricano, admirador de Kipling que era un pseudo-hindú) quería a los suyos lobatos. La enseñanza hizo de mí, como de muchos de mis conciudadanos, lobatos y liceístas, un totemizado Lobo dos veces. Este es imi tercer mamífero cuadrúpedo carnicero!

Luego de algunas pruebas fáciles, la administración nacional corona aún en Francia a algunos adolescentes con una *baya de laurel* «laurier», traducida en lengua corriente con el vocablo *bachillerato* «baccalauréat», prueba de que ella clasifica a las muchachas y a los adolescentes juveniles a partir de otro tótem, floral esta vez. Cuando Plinio el Viejo clasifica algunas plantas añadiéndoles las virtudes que nosotros llamamos objetivas, funciones sociales y honorables, como las hojas de encina que adornan al jefe de los estrategas, nos reímos sin comprender su totemismo ciertamente; pero, mejor aún, ignorando el nuestro propio que aún hoy lleva nuestra lengua.

Los lobos nos enseñaron también la dominancia de Akela, que reina en la roca del Consejo, como nuestros antiguos maestros en el Louvre. ¿Qué lobos «loups» frecuentaban este antro de los reyes? ¿O los reyes se portaban allí como hijos de loba «louve»? Nuestra cultura, histórica y política, va del Lyceo al Louvre; ¿en algún momento abandonamos los lobos? ¿Y cuántas pesadillas nos transforman en licántropos o en el coco «loups-garous»? Herederos de eras en las que, cazadores-recolectores, corríamos por la Tierra, esas metamorfosis aún nos visitan. Antes de releer a Ovidio o Apuleyo, nos despertamos siendo niños-Lobos. No, *el tótem del Lobo* no pertenece solamente a las estepas mongolas, como lo cuenta Jiang Rong, sino que también hace parte integrante del patrimonio de los franceses o, al menos, ha dejado huellas legibles en nuestros lugares y sus denominaciones, en nuestros relatos, en nuestras costumbres, en nuestros usos, en nuestros sueños. Sin estos olvidos, activos y oscuros en nuestras memorias, la aventura de ayer de Victor de Aveyron, o el regreso reciente de las manadas a los Alpes ¿habrían producido tanta emoción?

El amor por las flores y por los pájaros del que testimonia Francisco de Asís, *troubadour*, y que reanuda con las religiones paganas aún ancladas en el campesinado local y europeo, se apresura de nuevo en Gubbio hacia el lobo. El *poverello*, el pobrecito a quién le he consagrado toda mi admiración, todo el amor del que fue capaz mi vida, va a su antro, habla con la bestia muda y le hace prometer que cesarán sus crueldades; en recompensa, el visitante le jura que lo alimentará. Recuperando la domesticación, Francisco prevé la simbiosis. Amor y odio, hostilidad y hospitalidad... la fraternidad de nuestra especie con *canis lupus* no cesa. Dicen los historiadores que San Francisco convirtió al mundo campesino, que era pagano, a un cristianismo que antes de él permanecía encerrado en las ciudades. Y lo logró porque les presentaba una religión totemista aquí, animista allá, como la suya «de ellos». Cristiano-pagano, San Francisco completa una religión por el otro. Aquí también, yo lo soy.

Seguimos siendo totemistas, sin saberlo, en muchos de nuestros usos e instituciones. Enamorados y cercanos de sus animales familiares, ¿cuántos niños –y cuántos adultos con su Perro tótem al lado– no lo siguen siendo?

### **Fábulas, ensayos, cuentos**

[...] como tantos textos de nuestra literatura... La potencia clasificadora del totemismo estalla en *Las Fábulas* de La Fontaine, donde los animales y las plantas presentes, muestran ocultándolos, la presencia, al menos virtual, de los humanos. La mayoría de los títulos o temas oponen dos especies: *El Asno y el Perro*, *La Encina y la Caña*, *Los Dos Amigos*... Hemos visto que la distancia diferencial, fácilmente reconocible entre los animales o las plantas, pone orden entre los tontos y los tiernos, los violentos y los débiles, los humildes y los grandes, en suma: entre los caracteres, los grupos sociales o las clases.

La interpretación sociopolítica de *Las Fábulas* rompe en dos su dispositivo totémico, puesto que ella solo se ocupa acá de los humanos, solamente evocados lo más a menudo, excepto algunos raros molineros, zapatero remendón, rey mongol... al borrar las bestias y las plantas, a pesar de su superabundante presencia, León o Calabaza, Encina y Lobo. De esta manera pliega sobre la historia corriente una duración gigantesca, cuyo espesor temporal remite incluso más allá de lo escrito. Pues, antes de Fedro, latino, o Esopo, heleno, antes incluso de Ahiqar, cuya *Vida* redactada en arameo y que Esopo sin duda plagió (conoció en el medio asirio-babilonio, un inmenso éxito hacia los siglos VII-VI antes de Jesucristo), existían fábulas de ese género que corrían orales por los campos. Así vuelve a plegar sobre el espacio alrededor, el estrecho y llamado “culto” (de donde ya la “naturaleza” se aleja), tradiciones que ya esta-

ban dispersas por todas partes en el mundo, y que se habían recibido antaño y hasta hace poco aquí mismo, al menos en y por la rusticidad, al menos en y por las fábulas, pero olvidadas para siempre por los doctos de las ciudades. Nuestra historia literaria no ve pues nunca león, lobo ni asno, sino siempre rey, señor y palurdo. Sería preciso pues que la política, las clases sociales, el derecho y la moral... no varíen nunca, ni durante milenios, ni del mongol a París, de Asiria a Grecia, de Roma a Francia, ni del neolítico al computador. De repente se pierden las fábulas, amplias, largas y profundas, en provecho de una mínima parte, de una décima parte apenas, de la parte de moraleja sociopolítica, corta y chata.

Durante mucho tiempo me he propuesto el tonto proyecto de buscar en esos textos un plan o algún orden. En efecto, es suficiente con verlos desplegar tótems: Lobo, Bellota o Rana, para comprender que *Las Fábulas* valen como una clasificación. Totemizan el caos social con miras a poner orden precisamente aquí o la clasificación evidente de los vivientes. Para comprender las divisiones y distinciones de las relaciones humanas, de una loca crueldad, el relieve más o menos visible de las especies parece el mejor recurso. El colectivo se fila como se comen las bestias. De esta manera, el orden de *Las Fábulas* reproduce el de los vivos. Este es el totemismo al modo Lévi-Strauss.

Inversamente, animales y plantas se ausentan de *Los Caracteres* de La Bruyère. Continúo, dice él, los de Teofrasto y comienzo los míos por la traducción de los suyos. ¿Por qué esta precesión? Se trata no tanto de la imitación de un antiguo por parte de un moderno, ni mucho menos de la llamada querella, mimética y picrocolina<sup>\*\*\*3</sup>, como de remontar más bien hacia un estado sin duda arcaico, pero cuya presencia perdura, así sea oculta.

Pues este Teofrasto, discípulo y sucesor de Aristóteles, casi precursor en botánica, clasificó las plantas en cuatro grupos, como su maestro había clasificado los animales y sus diversas partes. Cuando de paso La Bruyère cita los trabajos que la historia conservó de su modelo, enumera sus tratados de historia natural, plantas, peces, piedras y miel... ¿Cómo pasó Teofrasto de este primer ordenamiento, mundial, al segundo, que buscó un semblante de razón en *Los Caracteres*, mundanos? ¿Cómo antes de él, y de la misma forma, Aristóteles su maestro, pasó del estudio de los animales al de la Constitución y de las instituciones de Atenas? ¿Cómo el zoólogo y el botánico se desviarán de las plantas y de los animales para clasificar los individuos y los colectivos? ¿Desprendiendo el dispositivo totemista que los conectaba? En efecto, basta con considerar cada uno por aparte los dos elementos, o juntos diferenciados, del lazo que el totemismo anuda.

\*\*\* Se dice de un conflicto que se desata por razones oscuras o ridículas. Nota del traductor.

Muchas culturas encuentran cómodo esbozar un paralelo entre las diferencias que separan las especies vivientes, evidentes a sus ojos, y las que distinguen a los hombres, grupos o personas. La elaboración de esa conexión, la apertura de ese pasaje, los etnólogos la llaman, en efecto, totemismo. Las obras de Aristóteles, y la de su discípulo, en tanto que ellas se abren a las ciencias sociales, parecen dividir este dispositivo en dos, para obtener, por un lado, la historia natural en un estado aún impuro y, por el otro, un saber institucional o caracterial aún específico. En efecto, en Teofrasto, como en su sucesor, los retratos mezclan aún individuos con especies, el Impertinente con la Rusticidad, el Espíritu amargado con la Avaricia, etc., como si experimentaran todavía los dos alguna dificultad en distinguir lo singular de su grupo. La llamada querrela de los antiguos y de los modernos pesa poco ante esta arcaica sucesión. ¿Dudaba La Bruyère de esto? ¿Duda de ello la historia literaria?

Al menos en nuestras lenguas se recuerda que el título de la obra, en francés *Caracteres*, viene del latín *c(h)aracter* que, originariamente designa el hierro al rojo vivo, destinado a marcar las bestias, con mucha frecuencia domésticas, ovejas, reses, caballos. Ese latín descende, a su vez, de un griego, *charax*, *χάραξ*, botánico, o más bien jardinero en su origen, y bien precisamente usado por Teofrasto en su obra *Sobre las Causas de las Plantas*. Designa una rama de olivo adelgazada y tallada por lo bajo para ser vuelta a plantar como esqueje; llama a la vez al entallado y al cogollo; utilizado luego para llamar a los rodrigones de vid, luego cama, indica la estacada hecha con esas ramas así marcadas, luego reunidas para rodear una comunidad. ¿Oculta esta práctica usual aquella otra cuando se solicita un atrincheramiento, en la ciudad o en el campo, una protección no solamente alta y sólida, no solamente material, sino también simbólica, salida del tótem, de la especie botánica de la que los usuarios sacan las estacas? Antes de marcar los trazos de la escritura, o de agrupar juntas las conductas singulares y constantes de un individuo, la palabra carácter firmaba pues el lazo de un trabajo humano con un vegetal, los dos individuales primero, para generalizarse en la pertenencia a un grupo, entonces protegido por los entallados de una misma planta. El totemismo yace también en el título de las dos obras, la antigua y la moderna.

\*\*\*

Regresa bajo la ventana de la habitación donde muere Felicidad, su loro embalsamado que preside uno de los altares en los que se detiene la procesión de Corpus Christi. Flaubert transforma la capilla en un bazar. Ahora bien, la alcoba de la muchacha –es decir su propio altar– también es como un bazar

porque ella ha amontonado allí cien recuerdos. Ese *Corazón Sencillo* empuja la religión católica para encontrar al lado suyo otras prácticas rituales. ¿Cuáles?

Primero el fetichismo. Esos vestidos, esos restos de aquellos que ella conoció, cantidad de objetos detallados en los que Felicidad fija regresivamente su afectividad en términos freudianos. Pero, elegido en medio de ese bazar persa, el loro, vivo primero, embalsamado luego, pasa de lo afectivo a lo religioso. La sirvienta lo recibe, como regalo o en depósito, de la familia de un barón, ex-cónsul en América, y que lo había traído de por allá, al mismo tiempo que a un sirviente negro. ¿Deja un rito exótico su huella en Normandía? ¿Flaubert como un indio?

Sin padres, sin amor, sin fortuna, sin palabra, sin espíritu, repetitiva en su lengua, Felicidad no existe. Solo llega a tomar conciencia de sí misma muy tarde, en la cima de Équemauville, al percibir las luces de Honfleur, luego de un accidente en el que estuvo a punto de morir y en el que el cuerpo muerto del loro por poco desaparece. ¿Comprende ella que difiere de los otros como el loro, por la especie? ¿Y cómo él, que ella habla poco y que repite lo que dicen los otros? Muerto o vivo ¿le da el animal alguna existencia personal? Se dice que Flaubert escribió su cuento al lado de otro loro disecado, que estaba sobre su mesa, y al que no dejaba de mirarle sus ojos de vidrio. ¿Jugó para él el mismo papel que el de Felicidad, de repente metamorfoseado, *in articulo mortis*, en Espíritu Santo? ¿La tercera persona de la Trinidad le añade al cristianismo un rasgo de totemismo... o, soplando con un viento impetuoso, de animismo?

La respuesta yace en el altar, donde se mezclan ídolos, tótems y signos de monoteísmo. Este es el modelo reducido de la inmensa mezcla de *la Tentación de san Antonio*, que hace con las religiones lo que *Bouvard y Pécuchet* hace con las ciencias. Revistiendo ridículamente a sus dos inolvidables autodidactas con un nombre de buey, Bouvard –*bos, bovis*–, haciéndole eco a Bovary, y al otro con uno de rebaño, Pécuchet –*pecus, pecoris*–, Flaubert los totemiza, dándoles la frente del toro y la inteligencia del rumiante. Ahora bien, el primero de sus *Tres Cuentos* se despliega como una genealogía del totemismo; explica cómo uno puede pensar su propia diferencia ayudándose para ello de una especie a la que uno se asimile, cuerpo y alma. En cuanto al héroe del segundo, San Julián el Hospitalario, doblemente cazador y emperador, domina las especies animales y las poblaciones humanas, como si, conectadas por él, existieran en paralelo, cada pueblo correspondiendo a una especie.

*Herodías*, el último, organiza un festín en el que se mezclan platos, bebidas y religiones; termina en el sacrificio de Juan el Bautista decapitado. Tanto en ese festín, modelo reducido, como en el panorama gigante y loco pintado por

la *Tentación de san Antonio*, Flaubert, fascinado por lo religioso, busca crear una especie de cepa de donde saldrá una a una las visiones del mundo y de las religiones. Lejos de historiarlas, como en una *Leyenda de los Siglos*, las mezcla en una pasta compacta o más bien las asocia, las yuxtapone, las relaciona como en una capilla, un museo o un bazar. Asimismo, *Bouvard y Pécuchet* acumulan un saber heteróclito, echado a granel, discontinuo... todavía otro festín, una tentación, un museo, un bazar, una colección... otro paralelo cognitivo de la cepa indicada. Así como este libro, en la conclusión, reencontrará sus cepas, esos collages regresarán en multitud en el momento de abordar la tercera ontología, analógica *Orígenes de las Ciencias Naturales*.

Del saber cómico de *Bouvard y Pécuchet* al conocimiento verídico y verdadero hay apenas un paso. Estalla el totemismo a la Lévi-Strauss al recordar, por ejemplo, una de esas anécdotas cuya leyenda o veracidad adornan la historia de las ciencias. Se nos cuenta que un célebre naturalista, qué importa su nombre –¿Jussieu?– estaba dedicado a la presentación del espécimen de una especie rara en un anfiteatro, en el Jardín de las Plantas de París, antes Jardín del Rey. Y solicitó a sus escuchas identificar el animal o la planta; ignorantes o tupidos, los presentes se callaron. Entonces, en el fondo de la sala se abre la puerta violentamente y se precipita por ella un hombre sin aliento, vestido con una capa de viajero que ondeaba en su espalda; retirándose cortésmente el sombrero, reconoció inmediatamente el modelo viviente y, admirando su belleza, la llamó dos veces, la una con su nombre vernáculo y la otra con su sabia fórmula latina. ¡Oh! se admiró el profesor; si usted ha logrado responder mi pregunta, usted debe ser el señor Linneo. El desconocido se inclinó y sonrió: acabo de llegar de Estocolmo, admitió.

Suponiendo que esta historia sea inventada, su sentido universitario se manifiesta tanto mejor: en las ciencias, los especialistas reconocen sus diferencias propias a partir de las diferencias de las especies... o de los objetos de su saber... como lo hacen las mujeres y los hombres en las tribus totémicas que describen los etnólogos. Si los llamados naturales se emiten con el nombre de algunos animales, inversamente nuestros científicos los llaman con el nombre del primero de ellos, así distinguido, que pretendió encontrarlos o, más bien, describirlos.

Los etnólogos llaman pues clasificatorio a este pensamiento salvaje; por complementariedad o simetría, ¿quién no ve totemistas a los científicos que clasifican animales y plantas? En su *Filosofía Botánica* (1751), Linneo precisamente compara su propia clasificación, que se había vuelto clásica si me atrevo a decir –clase, orden, género, especie...– con otras que, precisamente, ordenan a los hombres: ejércitos –legión, cohorte (¿pero quién se acuerda de



la mencionada co-horte completa el jardín, *hortus*?), manípulo...-, divisiones políticas o territoriales –reino, provincia, parroquia...-, para no mencionar los conceptos filosóficos –género, especie, individuo-. El propio término clase se remonta al latín *classis*, que distingue, entre el pueblo, aquellos ciudadanos que se pueden llamar a las armas. Se ve cómo el maestro en nomenclatura guardaba la preocupación por ordenar los vivientes como se ordena a los hombres.

Inversamente, muchas clasificaciones, las de Ampère, Bentham o Comte, consagradas a las ciencias; las de Boissier de Sauvages para las enfermedades o la nosología; incluso las de Propp, que conciernen los relatos; u otras para la museología, para no mencionar las de las emociones... se inspiran expresamente en clasificaciones botánicas o de zoología. La historia llamada *natural* no deja de acompañar a la historia a secas, la política, la organización social, las obras humanas, en suma, lo que llamamos *cultura*. Si todo el mundo conoce este paralelo ¿cómo es que ninguno le ha dado su verdadero nombre? Pues esta relación tiene uno, pero oculto a nuestra prudencia. No dudemos pues en emplearlo: los etnólogos ciertamente nos han enseñado que el totemismo clasifica; excepto que nosotros ocultamos su reflejo en un espejo, donde veo cuán totemistas son las clasificaciones de todos los órdenes, así como sus autores.

¿Quién no se ha dado cuenta de que los sociólogos de las ciencias están en el pináculo de esta tribu totemista? Si los aborígenes de ese rito, ya citados, clasifican plantas o animales según sus propias distinciones o, a la inversa, distinguen a sus semejantes según las especies vivas, los llamados sociólogos gozan proyectando en toda la naturaleza, así como en su saber global, las distinciones y las clases padecidas o queridas por los que de ellos se ocupan. Este gesto totémico o fetichista generalizado les vale el honorable altar en lo alto de la jerarquía.

Así hicieron y hacen los filósofos, en la Grecia antigua, en la Edad Media, y, más recientemente, en el movimiento analítico anglo-sajón, tres momentos asociados con las escuelas o con la Universidad. La multiplicidad hojosa y sofisticada de sus distinciones imita escolásticamente las clases mismas de sus medios de enseñanza, de disputa, de investigación, de carrera. Tratando a los conceptos o a las teorías como lo hacen con los cuadrúpedos y con las aves los pensamientos salvajes, ellos los distinguen y los clasifican con una maravillosa finura, un rigor sin igual y, al mismo tiempo –y sin duda con ese objetivo– se clasifican ellos mismos y se hacen notar. Toda teoría nueva distinta anuncia con mucho al genio diferenciado de su autor. ¡Qué divertido que los que se dicen más evolucionados de todos los humanos actúen y piensen como los que se creían más arcaicos! En el campus universitario, de acá en adelante,

me voy a pasear como Tintín en una reserva para arumbayas; ¿Pero el propio Tintín acaso no trae siempre consigo a Milú, su tótem?

Como los sociólogos, los llamados filósofos ¿no tienen ellos por terreno de elección la cuestión de las clasificaciones? La super-producción de las clases de pensamiento que engendran las discusiones sobre los *natural kinds* ¿no reproduce, no imita ella excelentemente la suya propia? Realistas, idealistas, pragmatistas, nominalistas, esencialistas... ¿no se organizan ellos en un árbol, viejo como Porfirio, que se parece a aquel en el que se ordenan los géneros y las especies para clasificar? Que los clasificadores se clasifiquen ellos mismos como clasifican sus objetos, cualesquiera puedan ser; o que ellos clasifiquen a estos últimos según puntos de vista que los clasifican a ellos mismos de la misma manera, ¿no revela esto un totemismo poderosamente activo, ayer, hoy y mañana? Irónicamente, hasta este libro juega este juego.

Los *ismos* de la filosofía aquí se cuelgan. Y permiten el debate que logra a su vez clasificar. El elogio constante que esos filósofos hacen de las virtudes cognitivas de la oposición, de la discusión, de la polémica, muestra que la clasificación, regresando a su origen latino –*classis*, la disposición de las legiones en línea de batalla– les permite continuar la guerra por otros medios, en los auditorios con calefacción o aire acondicionado.

Mientras que cada uno ve, como Rousseau, la botánica pacífica. No nos riamos más de las clases pensadas por Plinio el Viejo en su *Historia Natural* donde los gallos y los pavos son colocados en una segunda clase de aves, dividida ella misma en dos géneros: aquellos cuyo canto consultan los arúspices y aquellos de los que consultan su vuelo; asimismo, la encina se asocia allí a los generales vencedores y el muérdago a los druidas galos. Este texto le interesa no tanto a un latinista o a un historiador de las ciencias, como a un etnólogo que reconoce acá, sin falta y todavía, a un ancestro de nuestros propios totemismos.

Mejor aún, al final de su reciente libro, *El Herbario de los Filósofos*, Jean-Marc Drouin (Seuil, 2008) compone una colección imaginaria para florecer, resumiendo en ella sus afirmaciones. Guarnece ese delicioso herbario de plantas que él asocia, una a una, a un botánico tan creativo que la historia haya conservado su nombre: la Orquídea para Darwin, la Adormidera para Chamisso, el Naranja para Humboldt y Bonpland, la Fresera para Tournefort, la Verónica para Linneo, la Habichuela con sus cotiledones para Comte, la Rosa para de Candolle, sin contar la Oruga de las damas para los científicos contemporáneos... ¿Se trata de una distribución de premios? No, el último capítulo responde, de hecho y finalmente, al título del libro con una cándida exactitud: la verdadera filosofía

de este *Herbario*; en efecto, la filosofía auténtica de esas ciencias de la vida pone en paralelo las diferencias entre las especies botánicas y las que distinguen a los que de ellas se ocupan; bella y buena lista de los brujos que dominan la tribu totemista: a cada uno su flor, a cada uno su tótem.

¿De la era arcaica, marcada por Plinio o Teofrasto, a la publicación hoy de este último delicioso libro, podemos pensar todavía que el conjunto de estos autores, sabios eminentes o historiadores eruditos, todos expertos a la occidental en historia natural, separan verdaderamente dos dominios, como los distingue la ideología moderna convencional: naturaleza y cultura?

\*\*\*

¿Y si antaño y todavía la farmacia hubiera emergido de una práctica asociada a este totemismo?

¿Quién no se acuerda, al menos en Francia, de Gaston Bachelard cuya obra separaba la lucidez objetiva de las ciencias del sueño íntimo de los poetas? ¡Que nadie entre acá si no deja sus sueños en la puerta! ¿Pero, qué hacer entonces con la Bruja, en el *sabbat* en la noche de los calveros, donde Michelet –menos ciego que muchos– ve ciegamente el origen de las ciencias naturales y de sus aplicaciones medicinales? Satanás, la mujer, la naturaleza, la ciencia... helos agrupados por él a estos cuatro excluidos de la historia y de la cultura, helos condenados juntos en los procesos de brujería. ¿Bajo qué acusaciones y con qué derecho?

Esa Edad Media a la Michelet remite a una anamnesis de otro modo más largo y profundo. La propia ciencia griega antigua emerge en el curso de procesos semejantes a los de esos hechiceros; Sócrates cita, en su proceso, el nombre de Anaxágoras para ponerse en la fila de las innumerables víctimas jurídicas de ese saber emergente. Salida de eso que no se podía llamar todavía ni ciencias humanas ni compromiso político, la acusación más importante que se les imputaba pretendía en esos alegatos que, al ponerse a observar plantas, animales o astros, esos científicos se despreocuparan, no se interesaran en los asuntos de la ciudad, en breve y para decirlo en términos modernos: que, volteándose hacia la naturaleza, abandonaran la cultura. Como si las gentes de la ciudad (ville), antaño llamados ciudadanos, debieran interesarse en la ciudad (cité), no en el mundo.

De esta manera, la sociedad defendía la exclusividad de la sociedad, la política la de la política y el derecho la del derecho; los *mass-media* y la sociología defenderán más tarde las suyas. Todo el tiempo la cultura defiende la

exclusividad de la cultura. Eso hizo Bachelard con la ciencia. No debes acoplar el mundo y los hombres. *El Contrato Natural* cayó en el mismo desprecio por la misma razón: se lo atacaba diciendo que había olvidado la ciudad.

De este modo muchos tribunales: griegos, medievales, eclesiásticos, universitarios, mediáticos... no cesaron de excluir toda relación con la llamada naturaleza, todo gesto, todo pensamiento, todo intento que, de lejos o de cerca, pudiera parecerse a los totemismo, animismo o analogismo, para hablar como Descola. ¿De qué justicia, con qué derecho esos jurados, diversos y sin embargo unitarios, emitirían sus constantes sentencias? Como a mí me importa tan poco acusar a algún culpable, me burlo de responder a la pregunta. Buscar para encontrar es mejor que juzgar.

Por consiguiente, nuestras ciencias nacieron, sin duda, una tras otra y poco a poco, de una de esas visiones del mundo olvidadas o abandonadas. Seguimos estando ciegos a la cuestión de la emergencia en las ciencias, porque un proceso trans-histórico y virtual no cesa de merodear en torno nuestro. No debes reunirte con la bruja en el claro del bosque. Ahora bien, inversamente, encontramos que no debemos zanjar; no sentarnos en ningún tribunal. La crítica arruina la invención. Los maestros y los profesores enseñan la crítica a los muchachos, sin duda por impotencia de inventar ellos mismos, pero sobre todo porque temen hasta el pánico la invención que pone en crisis todo orden y todo formato.

Los procesos contra la brujería se anudan pues en la Edad Media con los de Anaxágoras, Sócrates o de Zenón, permanentes en la antigüedad griega, y anuncian buenamente el de Galileo, casi el último de la lista –o quizás, el primero de los modernos–, los nuestros, los que los integrismos intentan contra Darwin o contra el “impulso vital”, más los que conducen desde adentro, la ciencia instalada que continúa matando a sus inventores. ¿Por odio o por miedo del pensamiento salvaje?

Y Michelet, al que reencuentro en la selva, describe con entusiasmo el atractivo de la Bruja, a la que tanto amaba por la botánica, las plantas calmantes, soporíferas, tóxicas..., la simpatía, la fascinación encantada de esta *Medea médica*, curandera y asesina; por las solanáceas o consoladoras –aquí Michelet cita a Pouchet, otro hechicero, adversario de Pasteur–; por la dulcamara cuya miel calma y mata, por la belladona, *bella dona*... *Hierbas de brujos*, que componen un herbario de dónde sacan otros nombres de tótems. *Satanás médico; encantos y filtros*... este es el origen totémico de la farmacia.

Brujo de sus hechicerías, excelente historiador de las ciencias, Michelet generaliza su gesto y duplica su obra histórica, colosal como se lo sabe, con

cinco libros cortos, incisivos, extraños, instructivos, explosivos, de historia natural. ¿Qué visión del mundo buscaba alcanzar? Sí, el totemismo; quizás el animismo; en todo caso, el puente mestizo del *Tercero-Instuido*. Que yo sepa, ante reyes o príncipes, sus batallas y su política, él nunca cedió a las efusiones de lirismo que le dirige a la “naturaleza”, selvática, salvaje, y a la bruja original, bella, joven y negra, su compañera. ¿No encontráis paradójico, y por tanto significativo, que uno de los historiadores más importantes de nuestra cultura venere, celebre, ruegue, casi como un sacerdote, *la Mar, el Pájaro, el Insecto, la Montaña*, conectándoles con *la Mujer*? ¿Buscó totemizar ese saber de naturaleza en estado naciente?

Clasificador de las ciencias, de sus orígenes, de las eras históricas, del calendario, clasificador extremo en su estilo mismo, Augusto Comte, su contemporáneo, termina también su vida en una religión del planeta llamada por él “Gran Fetiche”. Los ciegos pretenden que están locos estos sabios, lúcidos al final de sus vidas, en el origen de su ciencia. Nunca se lee sino la mitad de Comte y del *What’s Life* de Schrödinger.

Por su esfuerzo sutil de clasificación, el totemismo ha podido engendrar nuestras ciencias naturales; por ello mismo la farmacia pudo nacer de una práctica cercana a este origen, en los calvos del monte frecuentados por la Brujería. ¿Pasó lo mismo con la domesticación? ¿A fuerza de vivir cerca del Zorro, del Tigre y del Lobo, puesto que yo llevaba su nombre, cómo no iba yo al menos a domesticar uno? Bastó con llevarlo a la casa. ¿Quién habría jugado el papel de huésped en este caso?

Todavía es La Fontaine el que describe este acontecimiento. *Canis lupus*, el salvaje, encuentra a *Canis latrans* que ya vive en la granja. Su mínima diferencia viene de esa domesticación, más antigua parece ser que todas las otras, tan antigua incluso que entre los dos animales –sin embargo, de diversas especies– corre un continuo. Vuelto al estado de salvajismo, el dogo marrón se identifica pronto con el verdadero lobo que, inversamente, se acercó tanto a los humanos que les enseñó estrategias de caza y pedagogía, como se lo lee en Tito Livio, en el *Pañcatantra* o en *el Libro de la selva*, como se lo puede vivir en las estepas mongolas, en el Louvre o en los liceos. Tenemos acá una misma bestia de dos cabezas, como una especie de fetiche. *El Lobo y el Perro* escenifica ese fundido encadenado. Se diría que una sola y misma especie, salvaje-domesticada se habla a sí misma de un pasado inmemorial a un presente siempre ahí. Como si la propia domesticación tuviera lugar, hubiera tenido lugar, continuara teniendo lugar, a lo largo del enlace fetichista, totemista, que reúne al lobo y al perro.

La fábula comienza forzando sus diferencias. Cuerpos y espacio: el uno, un desgraciado, miserable, a tal punto hambreado que solo le queda la piel sobre los huesos, mientras que el otro, rollizo y lustroso, estalla de potencia y belleza; no había batalla posible entre el guardián, estable y fuerte, y el errante allí extraviado que se ha vuelto humilde a causa de la debilidad. Batalla, diálogo. Las frases reemplazan el combate. El Perro le cuenta al Lobo las ventajas de la domesticación, donde precisamente se da vuelta la cacería; ya solo se trata de corretear a los mendigos, no de pelearse contra los fuertes, sino de ladrarle a las nalgas de los débiles. Buffon compara las orejas de los animales salvajes sin cesar al asecho, vivas, levantadas, temblorosas de músculos a la menor señal con los pabellones caídos y flácidos de los perros domésticos, privados de inquietud y de oído. Fiasco: pago de la protección.

La diferencia de especie lobo-perro recubre entonces la distancia del espacio casa-selva, interior-exterior, pues los que llevan el bastón, mendigos y pobres miserables se extravían también ellos; helos acá lobos y allá salvajes caminando por las vías del afuera, de la *forêt* «bosque, selva, monte», de donde viene la palabra *four-voyé* «descarriado», *hors-voyé* «extra-viado». Las especies pues se reparten y se diferencian según su ocupación del espacio: allá «là» y fuera-de-allá (*horla*). De repente, la oposición entre el que huye y corre y el que, amarrado por el cuello, permanece entre el sedentario y el nómada, entre el salvaje y el domesticado, iba a decir entre la “naturaleza” y la “cultura” ... traza, en el espacio así abierto, una vía continua, del descarriado, lejano, al guardia, cercano, cuya trailla y collar miden la pequeñez de la distancia.

Por el camino así trazado, no sin alguna distancia, no sin muchos obstáculos, pero que el totemismo asegura sin cortes, adviene la domesticación como entrada a la casa de un anfitrión, *domus*. Comienza con el totemismo, puesto que la analogía entre las diferencias de especies vivientes y las diferencias humanas, ante todo los acercan, luego construye esa vía al final de la cual incluso aparece, en el momento de la detención, la mencionada casa. Esta vía abre una oportunidad de encontrar un anfitrión. A lo largo de dicho camino, la bestia se transforma pasando del estado de depredador al de parásito. En *El Eunuco* ya La Fontaine había descrito y preparado el pasaje. Gnaton explica allí (versos 417-436) cómo volverse parásito. Sabemos que esta última palabra mide precisamente la proximidad, *pará*: bien al lado de...; *sito*: comida en griego. La trailla y el collar miden el *pará*. El Perro le aconseja a su compadre que “abandone los bosques” y que lo siga por la vía hacia la casa de los hombres, donde encontrará inmediatamente y sin lucha nicho, calor, alimento, “buena pitanza (...) huesos de pollo y pichones”, caricias, ternura... Que abandone sobre todo el azar y la dureza de la lucha por la vida: “¡Ni un bocado seguro!

¡'Todo a la ventura!' ... De este modo la domesticación dibuja un viaje, una transferencia por esta vía, definida, encuadrada primero por el totemismo, y sobre la que caminan los vivientes, llamados, seducidos, arrastrados por el estado parásito, pozos fascinantes de atracción. Así fue como con frecuencia llegué a soñar con que la vida misma había emergido del parasitismo.

\*\*\*

Zorro individual, Tigre en equipo, Lobo para distinguirme por algún saber... ¿tengo conciencia de haber llevado los tres tótems definidos por los etnólogos? En torno a mí, algunas instituciones propias de nuestra cultura, Louvre, Liceo... ¿ven ellas que toman a veces sus conductas y sus nombres de este pensamiento salvaje? Más allá de la historia, la literatura, aquí y allá, se inspira en él, sobre él discurre, lo describe, lo cuenta; mientras que los filósofos se batan en torno a sus tótems. Mejor aún, ¡oh sorpresa!, las ciencias naturales y ciertas técnicas asociadas consideradas, sin embargo, como altamente evolucionadas parecen emerger de allí. ¿Si algún naturalismo a la moda reciente hubiera separado desde hace mucho tiempo, como lo hacemos en la actualidad, la naturaleza y las culturas, conoceríamos la vida? Cuántos saberes precisos que conciernen a las especies y prácticas de larga duración, como la farmacia o la domesticación, no hubieran podido incluso nacer.

Voy a tratar ahora de mostrar las otras visiones salvajes, en los orígenes mismos de otros saberes exactos, no sin volver a visitar, para establecer el cuadro completo, mi propia vida, nuestros usos familiares, nuestras filosofías y nuestras literaturas.